

lema : « JE DEFIENDRAI. » En el lienzo ó pared fronteriza del aula se veía pintado un *Sol* alegórico con esta inscripción : « *Sol Justitie illustranos.* » — Señor, exclamó Tirabeque, aunque como he dicho á Vd. ántes entiendo poco el latin de los Países-Bajos, páreceme que el sol de justicia no ha alumbrado gran cosa á los doctores de esta Universidad, á lo ménos con los rayos de la ortografía, porque si la ortografía de aquí es como la de allá, tengo para mí que en el *Justitie* debería haber una *coma*. — Así es la verdad, Pelegrin; y veo que estás hoy mas docto de lo que de costumbre tienes. — Señor, es que como no he almorzado, tengo los sentidos muy expertos. — Comprendo la insinuacion, Pelegrin, y espera un poquito, que ahora iremos.

— « Ved aquí, nos dijo el conserje, el traje de ceremonia de los doctores. » Era una especie de balandran con mangas pérdidas y cuello blanco semejante al de los elérigos, y un bonete con borlas.

— « Estos son los sombreros del graduando y del doctor padrino. » Eran unos sombreros de tres picos de una forma rara y particular.

Visitámos otras aulas, gabinete de fisica, biblioteca, etc., y al despedirnos del conserje le pusimos un par de florines en la mano. Los recibió sin repugnancia, y nos dijo : « tomaos la molestia de llegaros aquí conmigo. » Anduvimos unos veinte pasos, y acercándose á un cepillo que en el claustro habia, depositó en él los florines y añadió : « esto es para los pobres, que este destino damos aquí á las propinas que dejan los extranjeros que visitan la Universidad. — Pláceme, le respondí, en gran manera el uso que de ellas hacéis. »

Y hecha la despedida, nos dirigimos al hotel á almorzar, y lo que es mas, á disponer la continuacion de nuestro viaje, aprovechando la diligencia que á las doce salia para NIMEGA.

ZEYST.

Los hermanos Moravos.

Á las dos leguas de UTRECHT, y en medio de un vasto oquedal ó bosque de altísimos árboles sin yerba ni mata alguna, se encuentra el pequeño y lindo pueblecito de *Zeyst*, del cual no haria mencion si en él no se hallase un establecimiento digno en sumo grado de la atencion del viajero, y único de su clase que he visto,

aunque dicen que tambien los hay en Irlanda, Alemania, Dinamarca, Rusia y otros puntos.

Es una asociacion ó cofradia de hermanos *Moravos* ó *moravitas*, que en número de unos trescientos viven dentro de un edificio, llamémosle pueblo-palacio ó digámosle un *Falansterio*, semejante al de los *fourrieristas* de que hablé en el tomo I de estos *Viajes* (1).

Los hermanos *Moravos*, derivacion de los antiguos *hussitas*, ó herejes sectarios de *Juan Huss*, que como los judíos han andado emigrados y errantes de nacion en nacion y de reino en reino, perseguidos por tal gobierno, expulsados por tal príncipe, y tolerados ó protegidos por otros gobiernos y otros reyes, son en el día, al ménos los de *Zeyst*, una colonia de artesanos que viven en comunidad, dedicados á la fabricacion de varios y muy diferentes artefactos, como alhajas de oro y plata, objetos de vidriado, guantes, médias, jabon, velas y cien otras mercancías. Los edificios de la comunidad son vastos, de bella y elegante construccion, sumamente aseados, y de tal manera distribuidos, que hay departamentos separados para cada clase : los muchachos, los jóvenes solteros, los casados, los viudos y viudas, cada uno habita el cuartel correspondiente á la clase en que le coloca su estado é su edad.

El celibato es mal mirado entre los hermanos *moravitas* : en llegando á la edad nubil se hace entre ellos punto de honor el no permanecer solteros; pero ninguno puede casarse sino con una hermana de la UNION, á no renunciar á la Sociedad, lo cual equivaldria á cargar con una especie de infamia. Las clases de mujeres se distinguen por el color de la cinta con que atan debajo de la barba la cofia ó bonete que llevan todas en la cabeza. La de las niñas hasta los doce años, es color de rosa : reemplázale el encarnado oscuro hasta los diez y ocho : desde esta edad hasta que se casan vuelven á tomar el color de rosa : las ya casadas usan la cinta azul celeste, y las viudas se distinguen por la cinta blanca.

Con ávida curiosidad examinábamos los dos exclaustros españoles una comunidad de un género enteramente nuevo para nosotros. Un anciano, un sacerdote y un robusto holandés que nos habian acompañado en la diligencia, nos guiaban en aquel convento-pueblo. — « Supongo (preguntó Tirabeque) que aquí serán Vds. todos católicos cristianos. — Perdon (le respondió el sacerdote) : nosotros profesamos la confesion de Augsburgo : en los ofi-

(1) Tomo 1º, pág. 197 y siguientes.

cios cantamos los himnos luteranos, se predica y se lee la Biblia. Para dar la comunión nos vestimos un ropaje talar blanco, sujeto con una cinta encarnada, y nos ponemos un bonete color violeta. — ¿Y cómo se rige y gobierna esta comunidad? pregunté yo al anciano. — Tenemos, me respondió, un reglamento, y además se nombra de entre los mayores de edad una junta que llamamos colegio, encargada del régimen y administración de la Sociedad, con arreglo á nuestras constituciones. Yo tengo el honor de ser uno de ellos. La mayor pena que podemos imponer es la excomunion ó exclusión de la Sociedad; pero apenas ha llegado nunca el caso de tener que recurrir á este castigo; aquí los delitos no se conocen; jamás hay que reprender sino ligeras faltas: la mala fe, el engaño, el hurto, la ofensa de hecho, la infidelidad, son cosas desconocidas y extrañas enteramente á la asociación. Nuestras rentas se componen de cuatro contribuciones voluntarias, en que cada miembro pone la parte que su posibilidad ó sus medios le permiten; jamás nadie se ha negado á contribuir á los gastos de la comunidad; verdad es que todos palpan su justa y escrupulosa inversión. La holganza está desterrada de estos lugares: las horas de trabajo están distribuidas de modo que alternando entre diferentes ocupaciones ninguna de ellas se haga enojosa: los más aplicados ó más diestros utilizan más de sus artefactos. Creedme, vivimos felices y no hallaréis un solo descontento entre toda la comunidad. — Si eso fuera cierto (repuso Tirabeque), yo me quedaría aquí, aunque fuera en la clase de lego que he tenido en otras comunidades de España, y más después que he visto las hermanitas de la cinta color de rosa que quedaban en aquel claustro de la izquierda haciendo guantes; pero eso de rezar en luterano, es lo que no va conmigo. Si Vds. quisieran seguir aquí la regla de mi padre San Francisco, añadiéndola el capítulo de las hermanas, ya sería otra cosa. — ¡Oh! eso no es posible, respondieron el anciano y el sacerdote. Mas ya que os han llamado la atención (añadió el primero) las hermanas color de rosa, venid conmigo, y veréis si os gustan los guantes que ellas fabrican.

Volvimos á aquel departamento; tomamos unos pares de guantes, pagándolos al doble precio de su valor por vía de fineza á la Sociedad, y me costó no poco trabajo arrancar á Tirabeque del taller de las hermanas *Moravas* color de rosa. — Señor, me decía, conozco que nos ha dicho la verdad el viejo este; ¿no ve Vd. qué gordas, y qué coloradas, qué contentas se conoce que están todas? Por fuerza debe vivir muy feliz esta gente, señor. — ¡Ah! eso

no lo dudéis, repuso nuestro gordo acompañante: todo el país habla de la felicidad de los hermanos *Moravitas*.

Despedímonos de los dos respetables hermanos; y yo, Fr. Gerundio, dije para mí: «he aquí una asociación que parece acreditar que no es imposible en la práctica la *Teoría Societaria* del hermano *Fourrier*: ¿qué es el pueblo-palacio de *Zeyst* sino un *Falansterio*? ¿qué viene á ser la comunidad de *Moravos* sino una *falange de Falansterianos*? Los *Moravos* viven felices; ¿por qué no podrían vivir felices también los *Fourrieristas*?

Cerros, bosques y tabaquerías.

Tomamos otra diligencia, y proseguimos nuestra ruta en compañía del hombre gordo. Continúan los lindos y aseados pueblos con sus empedrados de menudo y fino mosaico en lugar de aceras. El terreno se va elevando á la izquierda del camino, y empezamos á encontrar bosques y matorrales, cerros y colinas, que luego degeneran en montañas, primeras y únicas que en toda la Holanda hemos hallado, y que anuncian los lindes extremos de los Países-Bajos. Á la derecha prosiguen los canales y los ríos, ríos y canales en abundancia, que todavía nos obligaron á embarcarnos dos veces en aquella tarde *caballos y carruaje y viajeros*.

Hemos pasado de la provincia de *Utrecht* á la de la *Gueldres*, célebre por las numerosas piaras de ganado vacuno y lanar que pastan en sus praderas, por sus muchas cervecerías, y por el increíble producto que reporta de un ramo de industria insignificante al parecer, el de las abejas. Pero lo más notable del resto de la jornada nos lo hizo advertir nuestro gordo holandés. «¿No habéis reparado, nos dijo, esa multitud de edificios rústicos, que de uno y otro lado del camino y á las entradas y salidas de los pueblos se encuentran, todos con sus bajas y toscas puertecitas cerradas? — Lo he notado en efecto, le respondí, pero temía molestaros con preguntas. — ¡Oh! perdon: yo tendré un placer en informaros de todo lo que gustéis. Pues todos esos son almacenes de tabaco en rama; las tierras que hemos ido dejando atrás, y las que tenemos á la vista por espacio de algunas leguas, todas se plantan de tabacos. Reparad, aun veréis en ellas muchos troncos, y no pocos retoños. — En efecto es así. Según eso se hace en el país gran cosecha de tabaco. — Por la muchedumbre de almacenes que habéis visto, y por los que veréis todavía lo podréis cono-

cer. No solo dan para el consumo del país, sino para hacer una regular exportacion.

— Lo que yo advierto, añadió Tirabeque, es que las puertas no son muy seguras, y que algunas de ellas tienen agujeros por donde puede muy bien entrar un hombre con tal no sea tan gordo como Vd. Por fuerza habrá un guarda en cada almacen, porque si no, pronto se quedarian sin tabaco. — ¡Cómo! — ¡Cómo, cómo! — Robándolo. — ¡Oh! perdon: aquí no se roba. — Pues mire Vd.: solo por parecerme Vd. un hombre muy formal le creo. Y no extrañe Vd. que me explique así, porque si esos almacenes con esas puertas estuvieran en otra parte, esté Vd. seguro que de la noche á la mañana, y si me apura Vd. un poco, de la mañana á la noche, se quedaban mas limpios que casa deshabitada.

Á las dos leguas ántes de llevar á *Nimega*, se concluye la calzada de ladrillo, y sirve de arceife el *gran dique*, obra maestra de la arquitectura hidráulica, construida, segun se cree, en tiempo de los romanos para contener el Rhin, é impedir que sus aguas inunden la provincia toda.

Eran las siete y média de la noche cuandollegámos á la segunda ciudad de la *Gueldres*.

NIMEGA.

El jorobado y las damas.

Alojámonos en el hotel de la *Diligencia de Rotterdam* (1), cuya patrona en su expresiva obsequiosidad, parecia mas bien francesa que holandesa; tanto que no sé si por efecto de su amabilidad excesiva, ó acaso (lo que creo mejor) por dar un poco de rienda á su carácter, á lo que se traslucia, chungon y burlesco, se prestó ella misma á ayudar á sacar las enormes botas de Tirabeque. La risa mas bien que la falta de fuerza hacia inútil nuestro trabajo, y en su vista la jóven patrona llamó á uno de sus dependientes en nuestro auxilio.

Presentóse pues un enano, jorobado y contrahecho por demas, un completo Esopo, que en el palacio de un rey de la edad média hu-

(1) Esto es lo que nos dijeron significaba: *Logementho uder in den Rotterdamseent Wagen in NIMEGEN*.

biera hecho un bufon sobresaliente, y que visto por don Quijote hubiera llevado una buena reprimenda por no haber tocado la trompeta para anunciar nuestra llegada al castillo. Tiraba el enano de las botas, tiraba Tirabeque de una pernada al enano, y reiamos la patrona y yo á costa del contrahecho holandés y del no muy bien hecho español con el mas sano y franco reir del mundo. Por último se invocó la cooperacion de otro dependiente, y con este refuerzo pudo lograrse descalzar á Tirabeque sus voluminosas botas.

Cenámos con apetito, y nos fuimos con sueño á la cama. Pero no bien se hubo acostado Tirabeque, cuando ya me dijo: — Señor, lléveme Barrabas si no se han propuesto jugar conmigo en este hotel: ¿pues no me han dado la cama del enano? — ¿Por qué dices eso, hombre? — Señor, porque esta cama es tan corta, que si me estiro, la mitad de las piernas se me quedan fuera. — Lo mismo me sucede á mí, Pelegrin: acá tenemos otras camas como las de *Breda*: no parece sino que la primera y última ciudad de Holanda quieren dejarnos recuerdos por el mismo estilo.

— Señor, haga Vd. el favor de dar un repaso á las fojas de su memoria, á ver si encuentra Vd. una historieja de NIMEGA con que quedarme dormido. — Hombre, de NIMEGA no sé sino que aquí se firmaron tambien dos tratados solemnes de paz, el uno en 1678 entre España, Francia y Holanda, y el otro en el año siguiente entre España, Francia, Suecia y el Imperio. — ¿Y qué mas, mi amo? — No me acuerdo de mas, porque tengo mas sueño que tú. — Pues en ese caso, mi amo, escoja Vd. la paz que guste de las dos, que yo me quedaré con la otra, y vamos á dormir los dos en paz; y hasta mañana, señor, *requiescant in pace*.

El reloj del Ayuntamiento y el pabellon del duque de Alba.

No era maravilla que cada noche nos acostáramos rendidos de cansancio, puesto que cada dia hacíamos una jornada, ó en diligencia por los caminos, ó á pié por los pueblos, á trueque de ver todo lo mas posible en el ménos tiempo posible. Así nos sucedió en NIMEGA al siguiente dia de nuestra llegada. Ver mucho, aunque nos cueste andar mucho; este era nuestro sistema.

Aunque NIMEGA es una ciudad que no pasa de diez y ocho mil habitantes, su movimiento y animacion comercial la hace parecer mas poblada. Fundada como Madrid sobre siete colinas, colocada entre una porcion de grandes rios, el Rhin, el Wahal, el Mosa,

y el Issel, y á la frontera del reino de Prusia, su comercio es activo, el tránsito por ella incesante, y en la estacion del verano es tanta la afluencia de extranjeros que acuden á visitar las orillas del Rhin, que suele no haber albergues para tanta gente, teniendo muchos que dormir á bordo de los vapores. Como plaza fronteriza, hay la mayor escrupulosidad en esto del refrendo de los pasaportes.

Nosotros visitámos aquel dia todas sus fortificaciones exteriores, tan sólidas como bien conservadas; un pequeño y lindo templo luterano; la grande iglesia calvinista, donde se halla el sepulcro de Catalina de Borbon, todo de bronce, y grabado sobre él el retrato de princesa: en seguida de lo cual nos llevó nuestro *commissionnaire* al palacio ó casa de Ayuntamiento, el edificio mas notable que tiene NIMEGA.

Decóránle las estatuas de muchos emperadores: la sala primera está destinada al tribunal de Justicia: debajo de la estatua de esta virtud se lee: « *utramque partem audite: oíd á las dos partes.* » Hallábase reunido el tribunal: oímos hablar á uno que se nos dijo ser un abogado: no entendimos una palabra, y subimos á una galería, en cuyas paredes se hallaban incrustadas porcion de antigüedades romanas, sacadas de los alrededores de la ciudad. En la pared ó lienzo de enfrente habia una coleccion de armas antiguas: « Veís (nos dijo nuestro guia) aquella cuchilla que está en medio? Pues es la cuchilla con que fueron decapitados en la plaza de Brusélas los condes de Horn y de Egmond por orden del duque de Alba. — ¿Es posible, mi amo, exclamó Tirabeque, que en todas partes hemos de encontrar rastros y reliquias de las atrocidades del duque de Alba? ¿No te acuerdas, le respondí, que así te lo previne en Brusélas? » Distingüíanse aun en la cuchilla las manchas de la sangre, y rogámos al guia nos llevara cuanto ántes á otro sitio.

— Venid, añadió este. Y conduciéndonos á un salon cubierto con preciosos tapices de la célebre fábrica de los Gobelinos de Paris, « aquí tenéis, nos dijo, la sala en que se firmó la *Paz de Nimega*: ved los retratos de los embajadores y plenipotenciarios que la firmaron. — Señor, este es el de España, dijo súbitamente Pelegrin; le conozco yo en la vestimenta. » Así era la verdad, que se le distinguía fácilmente entre todos.

Pero de cuanto vimos en el palacio municipal de NIMEGA nada le ha quedado tan presente á mi lego como el *reloj* del piso bajo. La máquina está en el portal, ó sea en una especie de entresuelo

sobre la izquierda. De ella parte un ramal á cada departamento del palacio ú hotel, donde hay su correspondiente campana. Cuando da la hora, comunicase simultáneamente el movimiento de la máquina á todas sus dependencias, y suena al mismo tiempo en todas y en cada una de las habitaciones del palacio. Es un jefe cuyas órdenes son ejecutadas por todos sus subalternos á una voz de mando, si bien en vice versa, porque aquí el reloj-jefe está abajo, y los dependientes y subalternos arriba.

Bajámos al muelle, cuyos malecones azotan las aguas del caudaloso Rhin, cruzado siempre de barcos y faluchos mercantes y de vapores de trasporte. Y en seguida subimos á la parte mas alta de la ciudad: al bello y frecuentado paseo de *Hoenderbeg*. — Aquí tenéis, nos dijo el guia, los restos de dos torres romanas. Ved este bosque de tilos; ellos cuentan mas de siglo y medio de antigüedad. Pero si queréis gozar de uno de los mas deliciosos puntos de vista que puede desear un viajero, acercaos conmigo á esta otra torre ó mirador: es el pabellon nombrado el *Belbédere*.... ¡Oh! ahora que me acuerdo, vos sois españoles, y este pabellon os debe ser interesante, porque fué construido por el duque de Alba, y aun se nombra tambien *el pabellon del duque de Alba*. »

Deseos tenia en verdad, yo Fr. Gerundio, de hallar algun recuerdo del famoso duque que no llevara asociadas las ideas de sangre y crueldad, y entrámos con gusto en el pabellon de *Belbédere*. Hay en el dos lindos y bien adornados gabinetes, y está todo circundado de cristalería. ¡Delicioso y entretenido es á fe mia el panorama que se descubre desde el pabellon! Á nuestros piés veíamos serpentear las aguas del brazo del Rhin llamado Wahal; la vista abrazaba al mismo tiempo el curso majestuoso del gran Rhin, las caudalosas corrientes del Mosa, las abundantes aguas del Issel, los canales de la Gueldres, las calles de Nimega, el bosque frondoso de los tilos, las montañas de Cléves y de Elten, las agudas flechas de los templos y palacios, de Zutphen y de Doesbourg, los confines de la Bélgica y de la Prusia.

Tirabeque gozó tambien completamente de aquellas pintorescas vistas, en razon á que allí no habia una torrera como la de Utrecht á quien dirigir la visual.

Era ya tarde, y nos retirámos al hotel, Habiéndonos informado de que no habia en NIMEGA otra cosa alguna singular y notable que mereciera prolongar nuestra estancia, y con noticia de que la diligencia-correo salia aquella noche para Prusia, refrendámos nuestros pasaportes, tomámos nuestros billetes y nos dispusimos

para dejar el reino de *Guillermo II*, y entrar en el de *Federico Guillermo IV*.

PRUSIA.

¡Ay qué noche!

Al llegar en estos mis apuntes de viaje á la memorable noche en que los dos viandantes exclaustros hicimos el tránsito de Holanda á Prusia, yo debería exclamar con el hermano Ovidio :

*Cum subit illius nocti imago,
cum repeto noctem quæ tot mihi cara reliquit,
labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

Quando recuerdo la maldita noche
en que dejando los Países-Bajos
á Alemania pasé, casi á mis ojos
sin poderlo évitár, asoma el llanto.

Y aun pudiera decir con la virgen : « ¡oh, vosotros todos los que andáis por los caminos ! atended y decid si es vuestro dolor como mi dolor. »

Apuro 1º. De dos modos se hace el viaje de *Nimega á Prusia*, ó en vapor por el Rhin arriba, ó en la posta ó diligencia-correo por tierra. Pero el rio bajaba casi desbordado por efecto de las anteriores lluvias, y teniendo el vapor que navegar contra la corriente tardaba mas que la diligencia. Preferí pues esta, y nos acomodamos amo y lego en la berlina, que aunque estrecha, era bastante cómoda para los dos á pesar de los voluminosos coturnos de Tirabeque. No bien comenzábamos á felicitarnos de ir los dos solos con tal cual holgura, cuando empezó Cristo á padecer embutiéndosenos dentro el conductor, que no era un alfenique, y poniéndonos en prensa de tal modo que parecia haberse propuesto litografiar el brazo derecho de Tirabeque en el izquierdo mio. Yo le expuse la incomodidad que nos causaba, y me contestó en aleman lo que él sabria, y yo no he podido saber hasta ahora. No sé mas sino que no nos entendíamos. Para consuelo nuestro entraba y salia cada seis minutos, y cada vez que entraba y salia, entraba tambien un vienteillo nocturno que nos baldaba.

Así siguió hasta la raya de Prusia, en que salió para no volver, pero no sin reemplazarle un dependiente de la aduana armado de

todas armas ; nosotros nos armamos tambien, pero fué de paciencia. Á las nueve de la noche llegamos á la primera aduana de Prusia. Apeámonos viajeros y bagajes para el oportuno reconocimiento. Esta fué la única estacion de que salimos felizmente librados aquella noche : nuestros equipajes fueron los únicos que no se bajaron, ni fueron reconocidos. Los dependientes nos dirigieron varias veces la palabra : nosotros contestamos otras tantas con el « *je ne comprends pas,* » porque así era demasiado cierto : y ellos amostazados sin duda de no entendernos á nosotros, nos dejaron por cosa pérdida. Ello es que ni nos registraron ni nos pidieron los pasaportes.

La hermana aduanera. El reconocimiento del de los demas, hasta doce que eran nuestros compañeros de viaje, fué escrupuloso y detenido. Notamos que todos los géneros de adeudo se pagaban al peso, lo mismo las telas, que los quesos, que los barriles de vino, y que otras varias frioleras que nuestros conviajantes llevaban. Tres eran los dependientes ; el uno registraba, el otro pesaba, y el otro anotaba : item mas una *hermana aduanera*, que todo lo husmeaba, que en todo ciscoleteaba, que en todas las operaciones intervenia, y que se mostraba mas escrupulosa y mas intolerante que todos juntos. En Francia, Bélgica y Holanda, habíamos visto á las mujeres desempeñar oficios varoniles en los comercios, en los cafés, en los templos : en los museos, en las bibliotecas y universidades, pero en las aduanas ni las habíamos visto ni nos lo habíamos nunca imaginado. Pedimos aclaraciones sobre el empleado-hembra á dos de nuestros compañeros, y ambos nos contestaron en aleman ; nos convencimos de que en aquella jornada ni nos entendian ni entendíamos, y no volvimos á hacer mas preguntas.

Al cabo de média hora larga proseguíamos nuestro viaje, y á eso de las diez y média llegamos á *CLEVES*, ciudad de ocho mil habitantes y capital del antiguo ducado de este nombre, en el centro de una floresta, que dicen ser el *sacrum nemus* de Tácito.

Apuro 2º. Allí tuvimos que tomar nuevos billetes, lo cual nos hicieron entender por señas. Dirigímonos al despacho, porque allí se dirigian los demas. Un empleado debió preguntarnos para dónde queríamos los billetes, pues habiendo contestado yo por conjetura, « para *Dusseldorf,* » se puso á extenderlos, y los pasó á mi mano, pronunciando algunas palabras entre las que percibí « *thallers y good-groschen* : » esto y el señalarme á las monedas me dió á entender que aquellas palabras marcaban el precio de